

LA ILUSTRACIÓN DEL PUEBLO

REVISTA DECENAL

Año I.

Madrid, 20 de marzo de 1897.

Núm. 8.º

NUESTRO GRABADO

DELESCLUZE

Luis Carlos Delescluze nació en Dreux (Eure-et-Loire) el 2 de octubre de 1809. Fué á Paris á continuar sus estudios en el Colegio Borbón, en una época en que la juventud universitaria estaba imbuida en los principios republicanos, los cuales defendió más de una vez con las armas en la mano. Después de la revolución de 1830, Delescluze se mezcló activamente en las sociedades políticas, y fué detenido cuando se instruyó el proceso de abril (1834). Complicado en 1835 en un complot, marchóse de Francia y se refugió en Suiza, donde colaboró algún tiempo en el *Journal de Charleroi*.

En 1851 tomó Delescluze á su cargo la dirección del *Impartial du Nord*, diario de Valenciennes, y fué condenado á un mes de prisión. Fué de los primeros que tomaron parte en la reclamación de la reforma electoral y en la agitación reformista, que terminó por los famosos banquetes de 1848.

Después de la revolución de febrero, que elevó al Poder á sus amigos y correligionarios políticos, á Ledru-Rollin entre otros, Delescluze fué enviado á Lille en calidad de comisario general de los departamentos del Norte y del Pas-de-Calais. Vuelto á Paris, fundó el periódico *La Revolution Democratique et Sociale*, que le valió muchas condenas, principalmente con motivo de un artículo que escribió sobre los sucesos de junio de 1848. El periódico fué suprimido después del 13 de junio de 1849, y Delescluze fué condenado por el Tribunal de Versalles, por contumacia, á la deportación.

A partir de esta época hasta 1853, Delescluze vivió en Londres con su amigo Ledru-Rollin. En dicho año renunció á la seguridad del destierro, y salió de Inglaterra para dirigirse secretamente á

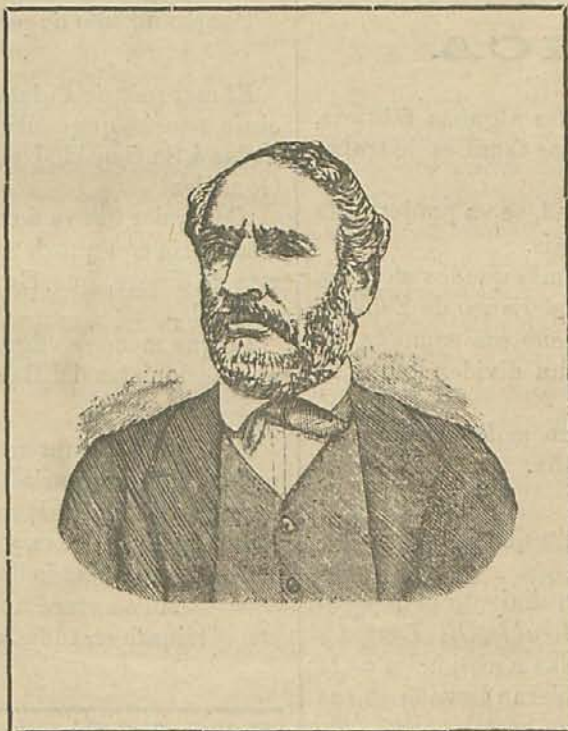
Paris, despreciando los peligros que le amenazaban. Dos meses después de su llegada á Paris, Delescluze fué detenido y llevado á Mazas. Condenado á cuatro años de prisión, enviósele á Belle-Isle, y fué trasladado sucesivamente á Corte, Ajaccio, Marsella y Tolón. Aquí comienza una de las épocas más dolorosas de su vida. El término legal de su condena era el 8 de marzo de 1858; pero algunos días antes de esta fecha se le hizo presente que, en virtud del decreto de 8 de diciembre de 1851, iba á ser deportado por diez años á Cayena. El 28 de julio de 1858 partió para aquella tierra de suplicio, y él mismo ha referido en un libro muy interesante, *De Paris á Cayena*, su triste y dolorosa odisea. La amnistía de 1859 vino á salvarle de la muerte lenta, pero segura, que le aguardaba en el mortífero clima de Cayena, y volvió á Francia el 22 de septiembre de 1859. Permaneció algún tiempo apartado de la política, hasta que en julio de 1868 fundó un periódico, que al principio fué semanal, pero que pronto llegó á aparecer diariamente, titulado *Le Reveil*. El primer artículo que publicó en él le valió tres meses de cárcel, y después sufrió otros seis por la suscripción al monumento á Baudin, y hasta poco antes de la caída del Imperio sufrió también varias condenas por delito de imprenta, la última de trece meses de prisión.

Cayó el Imperio, su-

diéndole la República, y Delescluze continuó en *Le Reveil* la larga serie de advertencias, consejos y amenazas contra los hombres del 4 de septiembre.

Hallándose preso con motivo de los sucesos del 31 de octubre, llegaron las elecciones municipales y fué nombrado alcalde del 19.º distrito. Puesto en libertad poco tiempo después, vió suprimido su periódico, por un decreto del general Vinoy, á raíz del motin de 22 de enero.

Vino luego la capitulación, y con ella vinieron las elecciones legislativas. Los electores parisienses



DELESCLUZE

enviaron á Delescluze á la Asamblea de Burdeos por 154.142 votos. Aunque apenas tomó parte en sus deliberaciones, no presentó su dimisión hasta que fué elegido miembro de la *Commune*, en la cual jugó un papel importantísimo.

Sería tarea larga citar los hechos más salientes de Delescluze en aquella agrupación de fuerzas revolucionarias que se hizo dueña de París el 18 de marzo de 1871. Siempre activo, esforzado, batallador, fué uno de los hombres que con más empeño trabajaron por el triunfo de la *Commune*.

A la entrada de las tropas versallesas en París, después de la revolución del 18 de marzo, Delescluze, recorriendo una barricada de la plaza de Château d'Eau, cuya defensa era imposible, subió, sin más armas que el bastón en que se apoyaba, á lo alto del parapeto, para animar á los que defendían esta posición, y de allí cayó atravesado por infinidad de proyectiles. Unos cuantos valientes que intentaron rescatar su cuerpo, fueron muertos por el plomo versallés. Los sicarios de Mac-Mahón escondieron sus preciosos restos; pero su recuerdo vivirá eternamente en la memoria de los trabajadores.

CRÓNICA

En Manresa han sido cerradas algunas fábricas, quedando en la miseria muchas familias de trabajadores.

Buena, pero buena de verdad, se va poniendo la situación económica de este país.

Aquí no van á poder vivir más que los clérigos, las *clérigas* y los accionistas del Banco de España.

Los cuales accionistas — dicho sea como de pasada — acaban de repartirse un dividendo de 110 pesetas por acción.

No podrá decirse que tienen *malas acciones* los accionistas del Banco de España.

Nada, no habrá más remedio que mandar nuevos refuerzos á Filipinas.

Los piden con mucho encarecimiento el general Polavieja, *El Imparcial*, *El Heraldo*, *El Tiempo* y otros periódicos que conocen las necesidades de la guerra filipina como si las hubieran llevado en sus entrañas.

Y, como si esto no fuera bastante y aun sobrante, lo pide ahora el arzobispo de Manila, quien cree que hacen falta veinte batallones, nada menos, para dar el golpe de gracia á la insurrección.

El Gobierno, que no las tiene todas consigo en presencia de la agitación carlista, se opuso en un principio al envío de nuevas fuerzas al Archipiélago, por lo que pudiera tronar en la Península; mas ahora que el arzobispo de Manila ha tomado cartas en el asunto del modo que queda expresado, no tendrá aquél más remedio que bajar la cabeza para no desairar al buen prelado por cosa de tan poca monta.

Claro es que no parece muy ajustada al carácter sacerdotal la petición de soldados para acabar con la insurrección por medio de las armas; pero ¿qué le queda que hacer á un arzobispo perjudicado por los rebeldes cuando ve que el Altísimo se muestra sordo á las rogativas que se le han enderezado para que ponga término á la guerra? Pues eso, lo que ha hecho el arzobispo de Manila: pedir hombres y más hombres para que suplan á la Providencia en el hecho de sofocar la insurrección. Ello no será muy ajustado al carácter pacífico de la Iglesia; pero es de positivos resultados para que puedan vivir á sus anchas en Filipinas las comunidades religiosas.

Y á lo que estamos...

Anúnciase ya como cosa segura que los carlistas se echarán al campo en cuanto llegue la estación primaveral.

De este modo habrá una confluencia de *primaveras*.

Y entonces los campos se vestirán de verdura. Porque no sólo de pan viven los carlistas.

El marqués de Pidal ha enviado al Papa un precioso estuche que contiene 5.000 pesetas en oro, legadas á Su Santidad por el cardenal Fr. Zeferino González.

¡Cualquier día va á creer el Papa, en vista de la frecuencia con que de aquí se le manda fuertes sumas de dinero, que España es un país de los más pobres!...

Lo que menos se figurará es que aquí todos somos accionistas del Banco de España.

El Tribunal Supremo ha resuelto á favor de la jurisdicción ordinaria la competencia en la causa seguida á Valentin Hernández por supuestas injurias á los Tribunales, y en virtud de esa resolución disfruta el procesado de libertad provisional.

Me alegraré no poco de que al fin triunfe en toda la línea Valentin.

LÁZARO VIRTO.

LA ENSEÑANZA RELIGIOSA

Á UNA MADRE DE FAMILIA

Usted podrá creer lo que se le antoje, porque libre es usted para ello; pero tenga usted la seguridad, amiga mía, de que la educación é instrucción de los niños se hallan aún, en las postrimerías del siglo XIX, viciadas por rancias y ridículas corruptelas. Cree usted, como muchas madres, que sin la enseñanza religiosa no hay educación posible ni instrucción que no sea un peligro. ¡Error, señora,

error! Tienda usted la vista por cualquier lado, y en todas partes se encontrará con una juventud frívola, procaz, ignorante, que debe sus malas condiciones morales y su atraso intelectual á la enseñanza religiosa.

Explotando esa errónea creencia de las madres que como usted discurren, danse buena maña las órdenes religiosas para fundar colegios y más colegios donde el Catecismo y la moral católica, que no es cristiana precisamente, entran por mucho en el plan de enseñanza; pero tan faltos de juicio andan los fundadores de tales colegios, si creen que de éstos pueden sacarse retoños de generaciones perfectas, como las madres que están por ese sistema de preparar el corazón y la inteligencia de los niños.

De los colegios católicos podrán salir muchos hipócritas, muchos pillastres con barniz de religión, muchos modelos de ignorancia y muchas crías de ostra de la rutina; pocas veces saldrán elementos de empuje que puedan dar á la sociedad cosa de provecho. Sabrán recitar, sin perder coma, el Catecismo, las oraciones aprendidas á costa de continuado machaqueo, todo cuanto constituye el núcleo de la enseñanza religiosa que han recibido; pero no pida usted que pasen de ahí. Se les ha enseñado á ser papagayos, se ha hecho de ellos una especie de fonógrafos, y á eso se atenderán si algo que sea innato en ellos no les mueve á empeños mayores.

No, no es esa la manera de educar é instruir á los niños. Necesítase que éstos, estimulados por algo que les haga agradable el método de enseñanza, fijen su atención en cuanto se pretenda inculcarles; necesítase que conozcan el bien por el bien mismo, no con la esperanza de una recompensa de ultratumba; necesítase, en fin, que aprendan siempre cosas útiles y aplicables á los fines de la vida. Nada de fatigar la tierna inteligencia de los niños con el martilleo continuo en la recitación ó canturía de credos y salves; nada de mortificarlos para dar sanción al salvaje precepto de que «la letra con sangre entra»; nada que sea ocioso y no dé al tiempo el valor que tiene.

Que la enseñanza religiosa no produce los frutos que usted y muchas madres creen, lo están pregonando constantemente hechos irrecusables. Si la educación é instrucción de los niños que asisten á colegios laicos son comparadas con las de aquellos otros niños que reciben la enseñanza de los colegios religiosos, la ventaja está siempre de parte de las primeras en cuanto al provecho recibido de unas y otras. Los niños que concurren á los colegios laicos muéstranse comunicativos, gallardamente desenvueltos, respetuosos, instruídos hasta el punto permitido por sus tempranas inteligencias, mientras los otros aparecen ñoños, encogidos, revelando crasa ignorancia en todo cuanto está fuera del Catecismo y de las oraciones. Y se da

la circunstancia, como antes indiqué, de que estos últimos niños, que tan humildes parecen, son de la piel del diablo en cuanto dejan definitivamente la escuela y se les cae el barniz religioso que han recibido. De la educación é instrucción en que se les ha imbuido queda entonces el menor rastro posible.

Por esto dije más arriba que los encargados de la enseñanza religiosa, y los que de ella son partidarios, se equivocaban si creían que los niños sometidos á tal sistema de enseñanza serían, andando el tiempo, gente aprovechable á los fines de la Iglesia.

Para mí es indudable que la mira de los principales mantenedores de la enseñanza religiosa es la de formar generaciones de ignorantes, porque siempre la ignorancia fué el escabel de los dominadores del pueblo.

JOSÉ ROZAS.

EL ORO Y EL DIAMANTE

Rara será la época de nuestra historia en que los mosquitos de la ambición, investidos de alquimistas, brujos de laboratorio y pretendientes de la inmortalidad, no hayan perdido infructuosamente el tiempo tras la soñada *pedra filosofal*, ó arte de convertir en oro los metales más bastos y de menos valor relativo.

Cuanto más retrospectiva dirigimos nuestra atención al través de los siglos, tanto más valor concede la pusilánime y febril Humanidad á los objetos llamados *preciosos*, más por su escasez y belleza que por su verdadera utilidad.

Desde los tiempos más remotos se conoce el oro, y en todas las épocas fué considerado como el jerrarca de los metales por su hermoso color, su extraordinario pulimento, su timbre metálico especial y su prodigiosa inmunidad ante los agentes exteriores. Esto, unido á la escasa generosidad con que la Naturaleza nos lo brinda, ha hecho que el oro sea el metal consagrado preferentemente á la fabricación de la moneda de más valor y á los objetos más lujosos con que puede envanecerse nuestra ambición: ¡desde la endeble sortija de la meretriz más vulgar hasta la pesada corona del emperador más grande!

Hoy por hoy, el oro no tiene transcendentalmente otro valor que el que le concede la vanidad. Cualquier metal vale infinitamente más...; el hierro, por ejemplo. Desde la reja del arado con que nuestro agricultor voltea las entrañas del suelo para proporcionarnos el pan, hasta los glóbulos sanguíneos que con rigurosa velocidad recorren todo nuestro organismo, figuraos, lectores míos, el inmenso campo en que el hierro representa el papel más impor-

tante de la vida, de la mecánica y de la economía en general. Pero el hierro es abundantísimo y fácilmente asequible á nuestras necesidades: lo mismo le empleamos en limaduras, que en lingotes, que en utensilios y máquinas de infinitas formas, que en un sinnúmero de sales químicas para aplicaciones terapéuticas é industriales; y esto hace que el hierro sea el metal más útil y económico en toda la esfera humana. Mas si la importancia cuantitativa del hierro fuese de pronto reemplazada por la del oro, y viceversa..., ¡desventurados de nosotros! ¿Cómo templar el oro para la fabricación de nuestras armas, de nuestros instrumentos y utensilios? ¿Cómo darle ligereza, elasticidad y resistencia para la construcción de muelles, rails, vehículos, calderas de vapor, maquinarias, etc.? ¿Cómo, en fin, hacerle apto para tonificar nuestra sangre y la savia del mundo vegetal, cuando todo organismo rehusa su cooperación? Imposible: la vida se agotaría por anemia..., ¡por consunción!

El valor del hierro prevalecerá. El del oro irá menguando hasta reducirse á la inferioridad que le corresponde, como el valor de los ídolos se confunde entre el polvo de las generaciones ajenas.

No ha mucho tiempo se susurraba que un célebre químico parisién del siglo pasado había encontrado el medio de convertir en oro varios metales de los más inferiores, con lo cual se enriqueció considerablemente, y que además el famoso químico explicaba en la cátedra el procedimiento. Es posible, y, de no ser verdad, tampoco niego que tal fábula se traduzca algún día en un hecho positivo; pues á medida que la ciencia va desenmascarando los secretos más íntimos, nos persuadimos más y más de que las infinitas formas moleculares no son sino diferentes estados de condensación de una misma especie, diferentes fases que tan gráficamente formula el sabio Mendelejeff. Pero me sorprende que un descubrimiento tan importante y explicado públicamente, no haya tenido transcendencia ni haya podido salir siquiera algunos metros fuera de la cátedra. El día en que esto suceda, el oro tendrá un valor escasamente mayor que el del plomo.

Todo es relativo. El oro, el rey de los metales, es un pigmeo ante el coloso é invulnerable jerarca de las gemas, ¡el diamante! Esa lágrima del sol, tan raramente prodigada, no parece sino el distintivo de los endiosados y de los poderosos. ¡Pocas veces se ve tan satisfecha la vanidad como con un diamante!

El diamante es el cuerpo más duro, más brillante y diáfano de cuantos se conocen; sin embargo, se quiebra y puede reducirse á polvo con suma facilidad. ¿Quién diría que una piedra tan brillante, diáfana y de un poder refringente tan extraordinario no es otra cosa que una facias ó forma física especial del carbono, del cuerpo más obscuro y opaco que la Naturaleza nos ofrece? No parece

sino que un inmenso foco de luz yace tenazmente aprisionado entre sus moléculas ó infinitos poliedros. Las diferencias esenciales entre el diamante y el carbono son muy escasas: el carbono pesa menos que el diamante, y éste, en cambio, tiene menos calor específico que aquél. La obtención del diamante no puede ser más sencilla aparentemente: todo consiste en concretar el carbono substrayéndole calor.

El nacimiento del diamante es tan antiguo como el del oro; y parece haber tal comunidad entre ambos jerarcas, que no sólo la vanidad humana los junta, sino que hasta la Naturaleza se complace en asociarlos: frecuentemente se encuentran en los mismos criaderos, como dando á entender que ni el diamante ha nacido sino para engarzarse en el oro, ni el hierro sale de las entrañas de la tierra para engastar diamantes. Pero ¿cuántas veces ha llegado el carbono á la categoría de diamante sin la aquiescencia del hierro? He aquí el problema que entraña la legitimidad adamantina.

Todos sabemos cuánto abunda el carbono en la Naturaleza: es el elemento fundamental de la vida organizada, y el combustible por excelencia. Cuando el carbono se quema completamente, se transforma en un gas llamado *anhidrido carbónico*, y en este estado circula profusamente por todos los ambitos del mundo, ya asociándose á las rocas calcáreas para formar los mármoles, ya uniéndose al ambiente ó al agua de lluvia para redissolver las rocas formadas y acarrearlas por vertientes y cauces á los océanos, ya, en fin, prestándose al color verde de las plantas para servir de alimento al mundo vegetal, etc., etc. Cuando los vegetales mueren, sus restos originan en los pantanos depósitos turbáceos; éstos, con el transcurso de los siglos, se convierten en hulla, más tarde en antracita, después en grafito, y, por último, la mano del hombre explota la mina para animar los férreos organismos creados por él, ó alguna monstruosa depresión terrestre da paso á una formidable lava volcánica, y entonces la mina de carbón de piedra sufre la combustión para convertirse en anhidrido carbónico. ¿Y el diamante?

¡Cuántos brujos de laboratorio químico han pretendido cristalizar el carbono! Unos procurando la fusión de éste por medio de una gran descarga voltaica; pero es tan tenaz el carbono, que apenas se consigue ablandarle. Otros han electrolizado diferentes hidrocarburos, como el gas del alumbrado, y han conseguido á lo más obtener un carbón compacto y brillante, como el azabache pulimentado; y así por el estilo, han malgastado el tiempo no pocos alquimistas. Pero el caso es que la Naturaleza nos le presenta cristalizado en octaedros y dodecaedros romboidales, con la particularidad de que sus aristas parecen curvilíneas, como si el carbono hubiera cristalizado por fusión y una brusca presión. El ejemplo no puede estar más claro.

La caída de un bolido ó meteorito, que por incandescencia estalla, deja á veces incrustados en sus angulosos fragmentos cintillos de diamantes. ¿Cómo se han formado? ¡Gracias al hierro del bolido, cuya paternidad ya es indudable!

El hierro fundido obra como disolvente del carbono, y, al enfriarse aquél, se separa éste; pero, aprisionado por el hierro, se condensa y cristaliza. De esta manera se forma el diamante en las entrañas de la tierra, donde el hierro y la temperatura obran de consuno. De esta manera ha obtenido el diamante el famoso farmacéutico parisién monsieur Moissan.

Los émulos pueden practicar una prueba. Enciérrase la plumbagina en tubos de hierro; expónganse éstos al paso de una descarga voltaica hasta el rojo blanco; enfriénse bruscamente los tubos de hierro por inmersión en agua fría, y luego con lentitud. Al cabo de algunas horas se conseguirán algunos diamantes en las entrañas del hierro.

Dentro de pocos años el diamante tendrá escaso valor. El hierro, en cambio, será un metal precioso..., ¡demócrata majestuoso del progreso..., iconoclasta de la vanidad!

F. SALAZAR.

18 DE MARZO DE 1871

¡La Commune de París! Su nombre suena con timbre siempre mágico al oído de todo el que, sintiéndose oprimido, ansía hacer pedazos su cadena.

La Commune de París, honrada y buena, viendo que el pueblo estaba sometido, alzóse con esfuerzo no vencido para extirpar la causa de su pena.

Y á impulso de su esfuerzo generoso echó abajo á la odiosa burguesía é hizo trizas su cetro poderoso.

Honremos á los héroes de este día, y procuremos todos sin reposo que reine entre los hombres la armonía.

ANTONIO ATIENZA.

EL DERECHO

La reflexión amplia y asidua sobre lo que se ha convenido en llamar «el derecho», unida á cierta experiencia de la palestra jurídica de los Tribunales, nos ha conducido á formarnos del derecho positivo un concepto completamente opuesto al de los aprioristas y de los escolásticos de las diferentes escuelas. En toda cuestión que asuma el aspecto *jurídico*, nosotros no vemos más que una evolución meramente *formal*, una idealización social, de

los diferentes conflictos de las fuerzas individuales y sociales. La antigua cuestión de si la *fuerza* vence al *derecho*, ó viceversa, se resuelve para nosotros en esta otra, que no es ya una cuestión: si la *fuerza* *vence*.

La fuerza vence siempre, por su naturaleza, con tal de que sea sólidamente fuerza y no anormal é inestable combinación de fuerzas accidentales. El bandolero que os roba y os deja tal vez por muertos en una calle pública, no es absolutamente más fuerte que vosotros. Su debilidad es tan manifiesta, que ha debido, para vencerlos, combinar artísticamente un concurso completamente especial é inusitado de circunstancias: la soledad del sitio, vuestro sér inerme, la noche, una excepcional audacia, etc., etc. Y después de haber cometido el hecho, huye y se esconde, y todo su sér tiene la actitud de una gran debilidad. Tan débil es, que una escuela científica no ve en él más que un enfermo. No es á vosotros á quien él ha vencido, sino á la momentánea actitud en que os hallabais y en que gran parte de vuestro sér había desaparecido. Vuestro individuo social, en efecto, se halla rodeado por todas partes por una red de fuerzas y de defensas que en ese momento os habían abandonado, pero que, sin embargo, son en concreto y normalmente parte de vosotros, como la coraza es parte de la tortuga.

Así, un hombre débil puede vencer á un coloso si éste está ebrio ó enfermo. ¿Quién pretenderá juzgar la fuerza de un pez después de haberlo sacado del agua, su natural elemento? El dinamómetro no dice nada si es aplicado á un sér sacado de sus condiciones normales de vida.

Es, por lo tanto, errónea la expresión de que la fuerza ora asiste al derecho, ora lo abandona. Este contraste, esta separación, son fantasías metafísicas. El derecho no camina por sí mismo, no tiene piernas propias: no es más que la fuerza en sus condiciones normales, esto es, cuando es en verdad fuerza y no debilidad: solamente que es la fuerza *idealizada* formulada en precepto. Nadie duda del derecho del hombre á matar los vegetales y los animales inferiores, y, en efecto, éstos no pueden *normalmente* resistir.

Pero el hombre no puede normalmente resistir al hombre, por lo menos en el asalto material. Atacado por músculos más fuertes, llama y en la mayoría de los casos encuentra un compañero que lo defiende. En la vida social la ofensa material y directa provoca un daño cierto al ofensor; lo coloca en condiciones inferiores, ó, lo que es igual, hace que éste sea el más débil. De ahí las leyes que desde tiempos remotos hacen del homicidio, las heridas, los golpes, un delito.

Lejos, por consiguiente, de creer que la ley asiste al más débil, ella consagra al más fuerte, porque emana de este exceso de fuerza, del cual no es más que el reflejo; decir «consagra el derecho del más

fuerte, sería una tautología. El derecho es justamente esta fuerza mayor, es únicamente la fuerza, puesto que en el conflicto de dos fuerzas que recíprocamente se eliminan, permanece siendo fuerza la mayor.

En los conflictos de orden maral, en los cuales el daño llega por vías indirectas al que pierde, la ley es mucho menos simple y se forma mucho más tarde, porque aquí la determinación de la fuerza es mucho más incierta é inestable. Ante el asalto material (el homicidio, los golpes), la solidaridad social despierta al instante; en los primeros rudimentos de vida social es ya sentida y activa. Es una fuerza objetivamente fácil de formarse, y toma fácilmente, por lo tanto, el aspecto subjetivo, ó sea el aspecto jurídico. Pero no sucede así cuando la ofensa, en vez de ir contra la vida ó la integridad personal física, va dirigida contra las condiciones exteriores de la vida y el bienestar.

Estas condiciones son tan diferentes y complejas, y no sólo variables de individuo á individuo, sino que lo son en ciertos momentos para la misma persona, que la ofensa á dichas condiciones no llega, sino muy lentamente, á formar esas fuerzas de resistencia constante que constituyen, idealizadas, el derecho. De ahí la complicada y tormentosa formación de las partes más abstractas del derecho penal y de todo el derecho civil.

En el régimen de la pequeña industria, el patrono que despidió al obrero no viola ningún derecho. La sociedad ni siquiera le pide que exponga las razones que ha tenido para quitarle el pan á un hombre que tanto ha trabajado para él. Puede despedirlo hasta por capricho. Cuando más, encontrará una reprobación sentimental, sugerida, ya por un sentimiento de compasión hacia el obrero despedido, ya por el peligro de represalias, ó ya por el temor de que el capricho del patrono pueda dirigirse en otra ocasión contra otros objetivos. Es que el obrero, en esas condiciones, es indudablemente el más débil.

Desarrollándose la industria, el derecho de despedir á los obreros empieza á tener ciertos límites: los tiene en proporción exacta de la fuerza creciente de los obreros, que van haciéndose solidarios entre sí. Perderá su forma absoluta el día en que los obreros sean verdaderamente los más fuertes. Entonces existirán leyes reguladoras y prohibitivas, y, en ciertos casos, lo que hoy se considera *derecho*, podrá ser considerado *delito*. Así, la *propiedad* dejó de ser *usurpación* el día en que los propietarios llegaron á ser más fuertes que los no propietarios. Tiende á convertirse otra vez en *usurpación* á medida que aumentan las fuerzas sociales de los no propietarios. El criterio jurídico y moral sigue punto por punto el hecho y la medida de las fuerzas en contraste; se modela sobre las resultantes.

Sabemos que estas constataciones chocan con los

conceptos generalmente aceptados. No sólo se cree que no son ciertas, sino que la verdad es justamente lo opuesto. Y hay muchas apariencias en apoyo de esta opinión. Conocemos las objeciones, y podríamos responder á todas, como puede responder cualquiera que haya meditado sobre el argumento, porque no son más que autoilusiones y juegos de palabras.

FELIPE TURATI.

EN EL LAVADERO

(Recuerdo histórico.)

I

Era á fines de marzo de 1871. Lucía en París un día de sol espléndido y de auras suaves que contrastaba notablemente con la tristeza general de los ánimos. Francia, en guerra con Prusia, iba de derrota en derrota; y aunque el triunfo de la *Commune* en la revolución del 18 de marzo constituía una esperanza sonriente para el pueblo de París, la sangre vertida en aquellos días de lucha civil é internacional no era para olvidada fácilmente.

En un lavadero público de uno de los más apartados barrios de la capital de Francia hablábase de los duros trances de la guerra y de la revolución triunfante. Aunque mujeres del pueblo todas las que tomaban parte en la conversación, había entre ellas algunas lavanderas de *casa grande* — gente servil y defensora de su puesto — que juzgaban con criterio pesimista la victoria de la *Commune*.

— ¿Quiénes son — decía una de aquellas lavanderas — los que se han hecho dueños y señores de la Casa de la Villa? Unos pelafustanes ambiciosos que tratan de apoderarse de la riqueza de Francia para atender solamente á su medro personal.

— No — respondió otra de las mujeres que lavaban. — Los hombres de la *Commune* son los verdaderos representantes del pueblo, los que quieren la felicidad de Francia, los que ansian poner justo límite á las concupiscencias y al despotismo de esa turba de inícuos gobernantes que nos han conducido á una lucha cruenta y desoladora. Los hombres de la *Commune* son una garantía de la paz; los otros son los provocadores de la guerra.

— ¡Verdad, verdad! — gritaron muchas de aquellas mujeres.

Y otra de las lavanderas serviles dijo con tono agrio á las que se pronunciaban en favor de los comunistas:

— ¡Ignorantes! ¡Más que ignorantes! Vosotras, las que decís que eso es cierto, no oís más que á la chusma, á los que no tienen nada que perder, á los que se dejan arrastrar por la baja pasión del odio al poderoso. En cambio, nosotras, las que lavamos para casas de gente de valimiento, oímos á los que

discurren bien, á los instruídos, á los que velan constantemente por el honor de Francia.

— Eso es — respondió una de las aludidas por la lavandera que acababa de hablar. — Vosotras oís á los que velan constantemente por el honor de Francia haciendo que nuestros hijos, los que no tienen patria ni hogar, vayan á combatir en contra de sus hermanos del ejército de Prusia.

Muestras casi generales de asentimiento siguieron á esas palabras; pero las lavanderas de *casa grande* no se amilanaron porque estuviesen en minoría, y siguieron defendiendo con tesón la causa de «los que tenían algo que perder».

II

Entre las mujeres del lavadero se hallaba una joven que había prestado fija atención, sin intervenir en la disputa, á los juicios formulados por sus compañeras. Cuando la primera de las interlocutoras calificó de ambiciosos á los hombres de la *Commune*, los labios de la joven fueron desflorados por una sonrisa desdeñosa y más elocuente que un buen discurso.

Había concluido esta mujer su tarea y se retiraba ya del lavadero cuando la disputa era más acalorada.

— Pues sí — gritaba con voz alterada por la ira la primera de las interlocutoras —; no os quepa duda de que los miembros de la *Commune* son un hatajo de vividores que quieren apoderarse de lo que pertenece á la nación para vivir como unos príncipes.

— ¡Calla, mala lengua! — exclamó una mujer varonil que hasta entonces no había tomado parte activa en la cuestión. — Nadie mejor podría responder á tus palabras maldicientes que esa virtuosa joven que se retira.

— ¿Y quién es esa joven para que pueda responder á mis palabras mejor que nadie?

— ¡Esa joven es la esposa de Jourde, del ministro de Hacienda de la *Commune*, del hombre que tiene hoy en su poder la riqueza de Francia y que no se cree rebajado porque su mujer venga á hacerlos compañía en un lavadero público!

ALVARO ORTIZ.

monstruo que abortó un problema,
del progreso fiel emblema,
que avanzaba rauda y ciego,
con las entrañas de fuego
y una nube por diadema.

El tren comenzó á silbar
y el cuadrúpedo á pensar
entre soberbio y cazarro:
— Ahora vas á ver al burro
del alcalde del lugar,

— ¡Aparta! ¿No me conoces? —
le decía el tren á voces;
pero el asno, con desdén,
dió el rebuzno de ¡alto el tren!
y le soltó un par de coces.

Mártir de la vil acción,
el soberbio garañón
murió con el rabo tieso,
por oponerse al progreso
de la civilización.

¡Asno, tu paso detén
y escucha (que por tu bien
te doy la lección de balde):
hasta el burro del alcalde
debe dejar paso al tren!

LEOPOLDO CANO.

EXTREMOS

Comiendo en cierta ocasión
á la carta, sin mesura,
don Blas se dió un atracón,
y una horrible indigestión
le llevó á la sepultura.

En cambio, Tomás, que hacía
un mes que apenas comía
y estaba como un alambre,
no pudo aguantar el hambr.
y se murió el otro día.

A morir como don Blas
ó como el pobre Tomás,
muchos no se hallan ajenos,
unos por carta de más
y otros por carta de menos.

A. O.

EL BURRO DEL ALCALDE⁽¹⁾

TRAGEDIA

Mudo, grave, terco, hostil,
marchaba un asno cerril
de esos de á legua por hora,
ante la locomotora
de un tren del ferrocarril,

(1) Con esta composición ha contestado Leopoldo Cano á la disposición del alcalde de San Sebastián prohibiendo la representación de *La Pasiónaria*.

ENTRETENIMIENTOS

CHARADA

Me dijo un día mi *todo*,
quitándome el *prima-trés*,
que por quererle *tres-prima*
hizo prender á un burgués.

UN DESHEREDADO.

(La solución en el número próximo.)

SOLUCIONES

Á LAS CHARADAS DEL NÚMERO ANTERIOR

Obrero. — Patrono.

CORRESPONDENCIA

R. N. — Córdoba. — Servidos 10 ejemplares desde el primer número.

F. P. — Bilbao. — Servidas las suscripciones de J. A. y F. P.

E. D. — Buenos Aires. — Servida su suscripción y recibido importe.

M. I. — Carmona. — Recibido importe del primer trimestre de su suscripción.

F. B. — San Martín de Provensals. — Recibidas 5 pesetas.

G. P. — Bilbao. — Servidos los 34 números atrasados.

M. G. — Id. — Recibidas 5,60 pesetas. Se hace lo que indica, El artículo será publicado.

A. Ll. — Palma de Mallorca. — Recibidas 6 pesetas. Se enviaron los ejemplares atrasados y se aumentan 3 en los corrientes.

A. L. — Linares. Recibidas 3 pesetas. Se atiende su indicación.

P. C. — San Juan de Vilasar. — Se hace el traslado de este número.

A. G. Q. — Barcelona. — Sigo esperando.

Imp. de F. Cao y D. de Val, á cargo de J. Antonio Herrero, Platería de Martínez, 1.

LA ILUSTRACIÓN DEL PUEBLO

REVISTA DECENAL

Se publica los días 10, 20 y último de cada mes.

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE (PAGO ADELANTADO.) — Península, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; otros países, 1,75.

VENTA. — Paquete de 25 números, 2 pesetas; fracciones de 20 y 10, 1,60 y 0,80 respectivamente; número suelto, 10 céntimos.

Los corresponsales harán mensualmente sus liquidaciones.

Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro.

Las suscripciones se reciben: en Madrid en la imprenta de este periódico, Platería de Martínez, 1, bajo, y en provincias en casa de los corresponsales, ó dirigiéndose directamente al administrador.

La correspondencia, tanto administrativa como de Redacción, será dirigida á nombre de Alvaro Ortiz, Embajadores, 47, principal.

Obras socialistas.

	Pesetas.
El Capital , por Carlos Marx. En Madrid.....	2,00
— en provincias.....	2,50
Socialismo y Ciencia positiva , por Enrique Ferri.....	1,00
Miseria de la filosofía , por Carlos Marx.....	1,00
Meeting de controversia en Santander , celebrado el 15 de mayo de 1892 entre D. A. M. Coll y Puig, director de <i>La Voz Montañesa</i> , y el compañero Pablo Iglesias.....	0,20
La Guerra civil en Francia , por Carlos Marx...	0,45
Catecismo socialista , por J. L. Joynes.....	0,30
Ecos revolucionarios , composiciones en verso, por Alvaro Ortiz.....	0,50
El Partido Socialista Obrero ante la Comisión de Reformas Sociales , informe escrito por el Dr. Jaime Vera por encargo de la Arupación de Madrid. (Segunda edición).....	0,75
Un tomo de la Biblioteca Socialista , de 400 páginas, conteniendo los cuatro últimos folletos, encuadernado en holandesa ó tapas. En Madrid .	2,00
En provincias.....	2,50
El Comunismo y la evolución económica y Justicia é injusticia del cambio capitalista , por Pablo Lafargue.....	0,20

Las cuatro primeras obras se pueden adquirir dirigiéndose á la Administración de EL SOCIALISTA y á sus corresponsales, y las restantes pertenecen á la BIBLIOTECA SOCIALISTA, que se publica en Madrid por cuadernos de 16 páginas al precio de 10 céntimos. Para asuntos de esta BIBLIOTECA dirigirse á Pablo Cermeño, Espíritu Santo, 18, 2.º.

Periódicos socialistas.

El Socialista. — Redacción y Administración: Espíritu Santo, 18, segundo, Madrid. — Se publica los viernes. — *Suscripción por trimestre:* España, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; otros países, 1,75. — *Venta:* Paquete de 30 números, 1 peseta. Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. No se servirá ninguna suscripción cuyo pago no se hubiera efectuado. Las suscripciones se reciben: en Madrid en la Administración, y en provincias en el domicilio de las Agrupaciones socialistas y de los corresponsales, dirigiéndose directamente al administrador.

La Lucha de Clases. — Publicase los sábados en Bilbao. *Condiciones de la publicación:* Las mismas que EL SOCIALISTA. — Redacción y Administración: Bailén, 41.

El Grito del Pueblo. — Aparece los domingos en Alicante. — *Condiciones de la publicación:* Alicante, un mes, 35 céntimos, en el resto de España, un trimestre, 1 peseta. — Redacción y Administración: San Pascual, 3.

La Voz del Obrero. — Aparece semanalmente en Ferrol. *Condiciones de la publicación:* Ferrol, un mes, 40 céntimos; en el resto de España, trimestre, 1,50 pesetas. — Redacción y Administración: Dolores, 60, bajo.

El Defensor del Trabajo. — Ve la luz todos los domingos en Linares. — *Precio de suscripción:* 1 peseta trimestre en toda España; número suelto, 5 céntimos. — Redacción y Administración, calle del Agua, 1, 2.º.

La Aurora Social. — Aparece cada dos domingos en Gijón. *Condiciones de la publicación:* Trimestre, 0,50 pesetas; paquete de 25 ejemplares, 0,75; número suelto, 5 céntimos. Redacción y Administración: calle de Santa Elena, 24, bajo.